



PRECIO PARA LA VENTA

25 números ordinarios... Ptas. 2,50
25 » extraordinarios... » 5

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

MADRID: trimestre. Ptas. 2,50
PROVINCIAS: » » 3
EXTRANJERO: año... » 15

NÚMEROS ATRASADOS

Ordinario... Ptas. 0,25
Extraordinario... » 0,50

La correspondencia se dirigirá al Administrador: Calle del Arenal, 27. - Madrid. — A toda suscripción acompáñese el importe en libranza ó sellos.

DOLORA

A Julián Palacios.

En la novillada celebrada en Madrid el 8 de Setiembre del corriente año, un toro de Veragua alcanzó al banderillero Luis Ramírez (el Guipuzcoano), en el momento en que el diestro saltaba la barrera, y le dió una cornada en el oficio anal.

Los monos sabios cogieron en brazos al herido y se lo llevaron a la enfermería. La cogida no tuvo nada de *sensacional*. Al día siguiente los periódicos relataron el accidente en términos muy concisos, y el nombre de Ramírez se eclipsó.

Nadie lo advirtió, nadie lo echó de menos. Era un humilde en la Plaza, un insignificante peón, banderillero mediano que no figuraba en cuadrilla fija, que vegetaba en la penumbra de la masa común como un factor suelto, y cuyas faenas no despertaban en el público el menor interés.

Llegado a la enfermería, hicieronle la primera cura y le aconsejaron que fuese al hospital, a lo cual se negó en redondo, desoyendo las advertencias que se le hicieron entonces.

Echado en un coche de punto, condujeron a Ramírez a la casa en que vivía en Madrid, una pobre habitación en la Costanilla de Santiago, que ocupaba en compañía de huéspedes volanderos: hoy un picador para el gabinete, mañana un señorito para la sala; aves de paso que venían y se marchaban sin dejar rastro alguno.

Era inquilina del cuarto — y sigue siéndolo — una mujer entre los cuarenta y cincuenta, pequeña de estatura, enjuta de carnes, en cuyo rostro resignado y en cuya mirada dulce se leían el poema de la humildad y la miseria, aceptado como yugo necesario y fatal.

Había conocido días felices, días de juventud, de bienandanza. Las tempestades de la vida, valientemente arrostradas, trajéronla a menos, pero sin descorazonarla un instante. Comprendió que era imposible luchar con el destino, y se propuso sobrellevar las amarguras del presente, convirtiendo en virtud el sufrimiento, y en sagrado deber la abnegación.

Casada y con el marido en Cuba, quedó en Madrid en compañía de una niña, hija suya, de diez años. El esposo ausente sirvió a la esposa una pequeña pensión que duró algún tiempo y ayudó a vivir; pero cesó por completo hace dos años, y la mujer quedó atendida a la menguada paga de sus huéspedes.

Luis Ramírez paraba allí; trabajaba poco en las Plazas, pagaba su pupillage como podía; y al llegar los largos meses de holganza forzosa, exhausto en absoluto de recursos, D.ª Micaela, que así se llamaba la patrona, le ofrecía un cocido para matar el hambre y una cama para matar el frío y descansar.

La comunidad de la pobreza había unido a la patrona y al huésped, y despertado en el alma de aquella ecos tiernísimos de afecto maternal.

Cuando lo llevaron herido a la misera vivienda, pálido y febril, echaron en la cama al Guipuzcoano, y la dolora se desarrolló en aquel cuchitril oscuro, en aquel ambiente saturado de miseria, que las emanaciones de la fiebre y el pus de la herida llenaban de pestilente hedor.

Acudieron en su auxilio algunos amigos y compañeros: el picador Bernardo del Hierro, que lo visitó y socorrió; varios toreros de condición humilde, un

criado del marqués de Cubas y algunas otras personas más, merced a cuya caritativa conducta se atendió a las primeras necesidades del herido.

Pero el tiempo fué pasando, se acabaron los recursos, y la herida, mal curada, fué aumentado rápidamente la gravedad de Luis Ramírez.

En vez de las dos ó tres curas diarias que el estado del enfermo hacia indispensables, curábase cada ocho ó diez días. Hubo ocasiones en que los médicos lo abandonaron completamente, dándole por muerto.

Y la infección, entre tanto, proseguía cómodamente su obra destructora, se infiltraba en el torrente circulatorio, removiendo pasados males, invitando materialmente a la muerte a que hiciese cuanto antes presa en aquel cuerpo infeliz.

La atmósfera que reinaba en la habitación trascendía a la casa entera. Los dos únicos huéspedes que en ella había, huían despavoridos, temerosos de un contagio, dejando sola a D.ª Micaela con Luis Ramírez.

No se separó de su lado; se constituyó en enfermera, empeñó lo poco que tenía, y concentró todos sus afanes en aquel miserable ser a quien veía consumirse rápidamente, fuera de todo comercio humano, y condenado a morir en plazo breve, solo, triste, como un perro...

Un día se presentó inopinadamente en la casa de huéspedes D. José Arana. Había llegado a Madrid en los últimos días de Octubre, llamado a la corte por asuntos particulares, y acompañado de D. Ramón Machimbarrena.

Enteráronse ambos del estado de Ramírez, lo buscaron con afán luchando contra señas equivocadas, y Arana se personó al fin en la Costanilla de Santiago, número 15.

El espantoso cuadro que se ofreció a su vista le oprimió el corazón. Ramírez, más que un ser humano, era hedionda masa informe roída por la calentura y la miseria; la habitación un foco de inmundicia que adoloraba el alma, conturbaba el espíritu y envenenaba la respiración.

El balcón estaba abierto desde hacía un instante. — Ha muerto — había contestado D.ª Micaela a las preguntas de Arana sobre el estado del enfermo.

Se acercó a la cama y vió que Ramírez respiraba todavía. Le habló, dirigióle palabras de consuelo, trató de confortar su ánimo, aterrado y conmovido ante la inminencia de la catástrofe.

El Guipuzcoano sabía que Arana estaba en Madrid. Se lo había dicho a D.ª Micaela, y ésta se había ofrecido a llamarlo.

— No, no — había contestado energicamente Ramírez. — Me he portado muy mal con él, no me atrevera a saludarlo; de ninguna manera quiero que lo sepa D. José.

Por eso, al escuchar la voz de Arana, abrió el herido los ojos, los fijó intensamente en la cara del que había sido su empresario, y rompió a llorar y a sollozar incapaz de mostrar de otra suerte su agradecimiento.

Urgía una resolución energética. Pusieronse de acuerdo Arana y Machimbarrena, y recogieron minuciosos detalles del estado del herido y del curso que había seguido la enfermedad.

Cuando pudieron darse cuenta de la triste odisea; cuando les fué dado apreciar en toda su grandeza sombría la conducta de aquella buena mujer que, impotente para prestar a Ramírez los auxilios de la ciencia, lo velaba como una madre, lo sacrificaba todo,

salud, trabajo, esperanza, para tratar de aliviarlo moralmente con el cariño y la abnegación, únicos remedios que en su pobreza podía ofrecerle, Arana y Machimbarrena rindiéronla en el acto pleito homenaje de respeto y de admiración.

Llamaron en seguida al eminente doctor Madinaveitia, que acudió inmediatamente, é indignado y apenado a la vez al ver el estado de Ramírez, ordenó que, sin pérdida de tiempo, fuese trasladado al hospital, donde el peritísimo cirujano Dr. Ortiz de la Torre, se encargaría de limpiar y de examinar la herida.

Ortiz de la Torre se ofreció con toda su alma a hacer por su propia mano las curas. Se preparó la camilla, se gratificó a los camilleros para que la conducción se verificase en las mejores condiciones, y el Guipuzcoano ingresó el 31 de Octubre en el sanatorio oficial.

¡Salvar la vida a aquel infortunado! Tal era el bello ideal de Arana y de Machimbarrena, de Madinaveitia y de Ortiz de la Torre. Los dos primeros representaban los auxilios materiales, los otros dos aportaban los recursos de una ciencia en que ambos son maestros consumados; los cuatro obedecían al impulso de la compasión, al nobilísimo sentimiento de la caridad cristiana.

Vanos esfuerzos que iban a estrellarse contra las implacables decisiones de la Naturaleza. Ortiz de la Torre limpió la herida, la sondó, la examinó detenidamente.

— La infección está demasiado adelantada; no hay quien la ataje ya. Ocho días antes respondía de la vida de este hombre. Hoy es inútil forjarse ilusiones.

Veinticuatro horas después del fatal pronóstico, Luis Ramírez, el Guipuzcoano, dejaba de existir el 1.º de Noviembre en el hospital, del cual huyera desde un principio, presa de esas preocupaciones imbeciles, de esa estúpida leyenda que aquí convierte los hospitales en focos de podredumbre, en antros de tiranía y de martirio, con remedos de cárcel y dejos de Inquisición.

Los Sres. Arana, Machimbarrena, y el diputado provincial Sr. Yañez, costearon el entierro. Luis Ramírez yace hoy bajo la tierra que habrá de cobijarnos mañana a todos.

Pobre y desconocido paria, y víctima de su arriesgada profesión, el fin de el Guipuzcoano ha sido, como su vida, una historia vulgar idealizada a última hora por la caridad de almas bien nacidas, y la abnegación sublime de una pobre cuanto santa mujer. *Sunt lacrymæ rerum.*

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

«GUERRITA» Y LA EMPRESA

DE LA

PLAZA DE TOROS DE MADRID

SENTIMOS en el alma que la falta de espacio nos impida insertar íntegro el interesantísimo comunicado que se publicó en *El Liberal* del día 6, firmado por nuestro querido amigo y colaborador, D. Luis Carmona y Millán:

Véanse los más sustanciosos párrafos del notable documento:

«Es absolutamente cierto que en el mes de Julio próximo pasado manifestó *Guerrita* a la Empresa de la Plaza de Toros, que pensando el Sr. D. José Navarro deshacerse del

LA LIDIA



resto de su ganadería, y decidido á realizarlo á un precio sumamente módico, vería con gusto que arreglaran el negocio, si era compatible con los intereses de ambas partes. Diestro, ganadero y empresario, acompañados de varios amigos, estuvieron en los prados viendo las reses; D. Bartolomé Muñoz hizo elogios de su trapío y buenas condiciones, y aprovechó de paso la ocasión para preguntar á Guerrita si podía contar con él para la temporada de 1896, obteniendo respuesta afirmativa, que anunció desde luego, siendo recibida la noticia con satisfacción de los aficionados. Y bueno será hacer constar, aunque sea de pasada, que la recomendación de Guerrita en favor de las reses del Sr. Navarro no fué atendida; pues ofrecidas por el dueño al precio de dos mil quinientos reales por cabeza, ni aun é este precio convinieron á la Empresa, reduciéndose todo á que el Sr. Muñoz (D. Bartolomé) adquirió una ó dos novilladas, pagándolas casi á precio de carne, el mismo, probablemente, que habrá satisfecho por el toro de Tabernero que se lidió en la corrida de la Cruz Roja, y por el que puso en cuenta á los heridos de Cuba la cantidad de siete mil reales.

Así estaban las cosas, cuando el 21 de Agosto último anuncié yo desde EL LIBERAL, en un artículo titulado *Toros benéficos*, que Guerrita torearía en la Plaza de Madrid antes de terminar la temporada de 1895, en una corrida organizada por el general Polavieja como Presidente de la Cruz Roja, que se jugaría el 17 de Octubre, para atender con sus productos al establecimiento de un sanatorio donde recibirían asistencia los heridos y enfermos que regresasen de la campaña de Cuba.

Conociendo yo la escandalosa gestión de la corrida del *Reina Regente*, en la que habiéndose recaudado setenta y cinco mil pesetas, sólo veinte mil y pico quedaron líquidas á favor de los beneficiados, di un punto de atención sobre esto en aquel artículo, secundando las expresivas indicaciones que respecto á este vergonzoso hecho hizo en *La Lidia* mi buen amigo Antonio Peña y Goñi, y consigné, como era cierto, que la Empresa había pactado con el Ayuntamiento llevarse la mitad del beneficio líquido: es decir, otras veinte mil y pico de pesetas, para ver si con esta denuncia podía evitarse la repetición de caso tan lamentable.

No será inútil advertir que al ser invitado Guerrita para tomar parte en la corrida proyectada, el célebre diestro cordobés se puso incondicionalmente á disposición de la Cruz Roja, indicando únicamente, y con muy buen sentido, que torearía con mucho gusto para los heridos y enfermos de Cuba, pero no para que la Empresa explotara en su favor su trabajo y la desgracia que se trataba de socorrer.

Por consecuencia del artículo que he citado, se presentó en mi casa D. Bartolomé Muñoz, tratando de explicarme lo inexplicable, ó sea que en una fiesta dada para objeto tan sagrado y humanitario como la verificada para el socorro de la familia de los naufragos del *Reina Regente*, era lícito que él se hubiese quedado con una suma mayor que la que correspondía á todos los beneficiados. Le cité cuantos ejemplos ha habido aquí de catástrofes nacionales, como las inundaciones de Murcia, los terremotos de Andalucía, la epidemia de Aranjuez y las desgracias de Consuegra; y con datos á la vista le demostré que todas las Empresas anteriores á la suya habían cedido gratuitamente la Plaza, en las corridas que se organizaron para el alivio de estas desdichas.

Pero como á nadie se le puede hacer patriota ni filántropo á la fuerza, le indiqué, que ya que él no quisiera asociarse al acto benéfico, debía limitarse á cobrar por el alquiler de la Plaza la cantidad razonable que pudiera valer en un día de labor, pero no ligar su suerte á la del negocio, para explotarlo en su provecho y comerciar con la sangre de nuestros valientes soldados heridos en Cuba, como antes lo había hecho con la carne muerta de los infelices naufragos.

Con sentimiento observé que ninguno de mis argumentos hacía mella en el ánimo del inconveniente empresario, confesándome éste paladinamente, que dándose la corrida el 17 de Octubre con Guerrita, tenía que percibir el 50 por 100 del producto líquido. Le hablé, por último, del profundo disgusto con que habría de ver Guerrita que su trabajo en la corrida y el riesgo á que se exponía, serían, no sólo para el alivio de los heridos, sino para beneficiarle á él en una suma respetable, vaticinándole desde aquel momento, y á presencia de D. Carlos Cueto, que si explotaba en su provecho la desgracia que se trataba de remediar y se llevaba el 50 por 100, *podía renunciar á que Guerrita torear en Madrid la próxima temporada*. De modo que no sería tanto como supone D. Bartolomé, el interés que tuviera en atraerse á Guerrita, cuando en cosa tan razonable prescindí de toda consideración, con tal de realizar sus propósitos usurarios.

Poco tiempo después de la penosa escena que refiero, una persona ligada por antigua é íntima amistad á Rafel Guerra, el distinguido aficionado D. José del Noval, recibió una carta del célebre diestro, y por encargo de éste se presentó á manifestar á la Empresa el disgusto que le ocasionaba ver que se quedase con la mitad del beneficio de una corrida que, dado el patriótico y humanitario objeto á que se destinaba, debía haber interés por parte de todos en que diera los mayores rendimientos. Nada de esto convenció á don Bartolomé, y eso que, según tengo entendido, el Sr. Noval le hizo, poco más ó menos, con respecto á Guerrita, la misma indicación que yo.

Todos los que conocíamos estos detalles, opinamos desde luego, al ver la actitud de la Empresa, que debía importarle poco ó nada el concurso de Guerra, cuando sabiendo que esta incomprensible actitud había de dar lugar casi seguramente á la ruptura de las negociaciones entabladas para el año próximo, prefería arrancar unos cuantos miles de pesetas más á los heridos de Cuba, que ceder á un deseo tan razonable, tan patriótico y tan reiteradamente expuesto.

Toreó Guerrita en la corrida porque no podía menos de hacerlo, dado su compromiso con la Comisión organizadora y su deseo de presentarse ante el público de Madrid, complaciéndole en cuanto de él dependiese; y D. Bartolomé, firme en su cincuenta por ciento, se llevó otras veinte mil y pico de pesetas, como en la función del *Reina Regente*, bendiciendo quizás en su fuero interno las horas nefastas en que se sumergió el crucero y en que estalló la insurrección de Cuba, y bendiciendo de camino al Ayuntamiento de Madrid, á la Asociación de la Cruz Roja, y al país en donde tales negocios se toleran.

Al día siguiente de la corrida del sanatorio, y en ocasión de hallarse Guerrita con algunos individuos de la Cruz Roja y varios de sus íntimos amigos, se presentó en escena D. Bartolomé Muñoz, y como aquel negocio ya estaba orillado á su satisfacción, llamó aparte al Sr. Noval para manifestarle el deseo de que quedase firmada la escritura de Guerrita para la próxima temporada; y al decirle Noval que la contestación definitiva la recibiría cuando Guerrita acabase temporada y regresase á Córdoba, se la echó de emperador romano, y con una dignidad verdaderamente cómica exclamó que, si en un plazo muy breve no se resolvía la cuestión, *no había por su parte nada de lo dicho*. Y desapareció por el foro.

Nada menos que éste es el desplante citado por usted y á que alude *La Lidia* en su último número, digno de emplearse en un novillero de quinto orden; desplante que precipitó la contestación que D. Bartolomé habría de recibir desde Córdoba, puesto que al día siguiente se presentó el Sr. Noval á manifestarle, en nombre de Guerrita, que no contase con el concurso del célebre diestro para la próxima temporada, resolución que ha tenido el aplauso de los que conocen el desarrollo de este asunto, y que lo obtendrá seguramente de la opinión desinteresada, que estima en lo que valen los sentimientos de justicia, de humanidad y de patriotismo. El proceder de la Empresa, aun desligado de este incidente, lo han calificado ya como merece, *La Epoca*, *El Nacional*, *La Lidia* y otros importantes órganos de la prensa.

Todo esto, que se le había olvidado á la Empresa en su conferencia, lo pongo yo de manifiesto en nombre de Guerrita; añadiendo, autorizado por éste, que se priva con sentimiento de torear ante el público madrileño, al que tanto estima y respeta, y que, para que no exista ni la más leve sospecha acerca del particular, queda desde este momento á disposición de la Diputación provincial de Madrid para que utilice su concurso, sin retribución alguna, en la corrida de Beneficencia de la próxima temporada, si lo considera conveniente, con lo cual tendrá ocasión, al par que de servir los intereses de los pobres, de reiterar su gratitud al público de Madrid, al que es deudor de tantos favores, y del que recibió tan señaladas y constantes demostraciones de simpatía en la corrida del 17 del mes último.

De usted siempre afectísimo amigo y seguro servidor
q. b. s. m.,

LUIS CARMENA y MILLÁN

5 de Noviembre de 1895.

Nuestro dibujo.

LA ÚLTIMA COGIDA DE GUERRITA

SEÑAL infalible del mérito excepcional de una persona ó cosa: censurar ó combatir encarnizadamente los actos ó consecuencias de ella, que en igualdad de circunstancias y tratándose de una vulgaridad, pasan desapercibidos, ó habiéndose con más propiedad, inadvertidos. Prueba del valor y de la elevación de Guerrita sobre el nivel taurino corriente, la oposición, sistemática casi siempre, que se le hace, y el apasionamiento con que se le discute; prueba de la importancia y de la supremacía de la Plaza de Madrid sobre todas las demás, el que nadie se preocupa de si el primer matador del día va ó deja de ir á esta ó á aquella población, y se inquieta por si torea ó no torea en el Circo de la villa y corte, sin embargo.

Digan lo que quieran las crónicas y disimúlense más ó menos los estragos de la bilis, hay que rendirse á la evidencia, y tanto peor para la economía corporal del que no se rinda. Esto sentado, la obsesión que demuestra la oposición obstinada y tenaz, y la manía que acusa el regateo y tacañería de los méritos á un artista por causas que, en último término, ni afectan ni hacen relación al arte en sí, tiene un nombre, que si no es el de *envidia* ó *despecho*, se le parece mucho.

Porque ¿vamos á dar por artículo de fe, que porque un diestro no quiera exhibirse en un redondel determinado, haya perdido ya todas sus buenas cualidades de torero, de las que continúa haciendo gala en otros puntos? De ninguna manera. Podrán mediar motivos particulares para mantener esa resolución; puntos de vista divergentes si se quiere, pero qué tiene que ver eso, para que desde aquel punto y hora se le embarguen todos sus merecimientos y se le confisque su reputación?

Tal es lo que ha ocurrido aquí con Rafael Guerra. Apenas manifestó al terminar la temporada anterior su disconformidad con la Empresa de nuestro Circo, y se vino al convencimiento de que lo de su retirada no había pasado de ser una broma, surgió una quijotesca legión de paladines dispuestos á vengar los supuestos agravios que el diestro había inferido con sus palabras á los madrileños, y cargaron sobre él, llegando hasta negarle el agua y el fuego, y convirtiéndole de matador preeminente, en *maleta* despreciable nada menos. Y hubiéramos dado gracias todavía si la cruzada se hubiera limitado á unos cuantos profanos, desamparados del sentido común, pero ¡ay! que también mi ilustre mamá, la prensa profesional, tomó en parte cartas en el asunto, y perdió á ratos la *chaveta*, haciendo causa propia la de los terribles *vengadores*.

Por si esto no era bastante, un nuevo desaire del cordobés, negándose á tomar parte en la corrida benéfica del *Reina Regente*, vino á demostrar la razón con que se le *ladraba* y se le *mordía*. Cierto que Guerrita donó graciosamente cinco mil pesetas en compensación; ¿pero qué era esta miseria para un accionista del Banco de España, que debía venir obligado á hinchar con el producto de su trabajo las barrigas de la Empresa y de la Comisión organizadora? ¡Decididamente, los *vengadores* se pasaron de clementes al no pedir la cabeza del roñoso torero!!!...

Al fin, súplicas y consideraciones amistosas por una parte, y por otra la imperiosa necesidad de recuperar el cartel perdido en las columnas de algunos periódicos y en la conciencia de algunos inteligentes aficionados, decidieron al mal novillero á tener la honra de alternar con otros apreciables diestros, y aunque mosqueado de que en el fondo del asunto pudiera repetirse lo del beneficio del *Reina Regente*, volvió á pisar

la Plaza de la corte en el de la *Cruz Roja*, verificada el 17 de Octubre último.

Como que iba á escaparse el desconsiderado espada sin su correspondiente *meneo*, en justo castigo á la soberbia y al orgullo demostrados, no admitiendo imposiciones *bartoloméas*, y mirando por encima del hombre á los mentores y consejeros de la afición madrileña! Apenas pisó la arena cabizbajo y confuso, los *vengadores*, en número de *cuatro gatos*, le hicieron caer bajo el *peso abrumador* de sus silbidos; los *ignorantes*, en número de *atorce mil*, le levantaron con sus aplausos, de *lástima*... y rebrincó del chiquero a la Plaza el primer toro de la corrida.

Pertenecía á la ganadería del Excmo. Sr. D. Pablo Benjumea, de Sevilla; llevaba por nombre *Vizcaino*, y era negro bragado, basto de pelo, bien criado, apretado de cuernos y algo caído del izquierdo. Blandote y topón para la gente montada, tomó ocho puyazos de Tres Calés, Pegote y Agustín Molina; tumbó dos veces á éste, y mató dos caballos. Durante este tercio pudimos ver algunos, no todos, la primer *larga* de la temporada. Cambiada la suerte, y desarmado el bicho, entró de primeras Antonio Guerra, dejando un buen par de banderillas al cuarteo y medio luego, caído; y Primito, en su turno, tras una salida falsa, otro entero de su sistema, que también resultó un poco bajo. Un tanto incierto pasó el cornúpeto á la muerte, y Guerrita, luciendo traje marrón claro y oro, le fijó con tres pases de muleta naturales, uno con la derecha, otro de telón y cinco en redondo, de cuya calidad me ocupé oportunamente, debiendo repetir aquí que estos últimos fueron de los de cátedra. Igualado el bicho por las inmediaciones de la puerta de arrastre, el diestro, metido materialmente entre los cuernos y con los terrenos cambiados, avanzó el brazo y sepultó el estoque hasta la cruz en las mismas agujas, siendo suspendido por la res, volteado en los cuernos y derribado al suelo, sin que lo recogiese ni le causase lesión alguna que le impidiese continuar la lidia.

Del trabajo de Guerrita en aquella tarde, discurrí más detenidamente en la reseña de la fiesta publicada en estas mismas columnas, y á ella remito á los lectores. Entre las innumerables y excelentes faenas del diestro, habrá pocas tan completas y tan valientes. El diestro se entregó en cuerpo y alma al enemigo, para probar á los *vengadores* lo que hace un *miedoso*, un *bailarín* y un *matador monas*; epítetos que no han tenido reparo en adjudicarle, aun en letras de molde, los que nos están revelando eminencias taurinas á diario.

Ignoro si el matador habrá recuperado con esto el cartel perdido... Pues bien; por razones particulares que no son un secreto, Guerrita tampoco toreará en Madrid la temporada que viene...

¡Esto ya es el colmo!... Trueneen conmigo los *vengadores*:
— ¡Habrá mal torero!!!

MARIANO DEL TODO Y HERRERO.

Notas sueltas.

Como dejé ya indicado en notas sueltas pasadas, comenzó el feliz reinado de las dulces novilladas. Vean ustedes la gente que á la fiesta concurrió: los diestros, el Presidente, Sarah, la música y yo.

Se lidiaron seis reses de *verdadero desecho* de la ganadería de Aleas, de Colmenar.

Tres resultaron bueyes y tres regulares.

Y no me quejo, en verdad, de esta proporción vacuna. ¿Bueyes solo la mitad, y de Aleas? ¡Qué fortuna!

Pepe-Hillo II estuvo asimismo regular, pinchando unas veces arriba y otras abajo; más abajo que arriba: hay que hacerle justicia.

Cervera, el gran Cervera, también estuvo por todo lo bajo; como que estuvo en el suelo, y á punto de ir á la enfermería. El segundo bicho le tiró una cornada en la ingle izquierda, que no llegó á la carne, limitándose á sacarle

los trapos á relucir...

y á desbaratarle, en colaboración con sus hermanos, el cartel que le había dado el terrible Miura este verano.

De los niños, Eduardo Leal (Llaverito II) también, y Jerónimo Gómez (Currinche) no sé cuantos, marearon en grande á los mones sabios y areneros, que eran los únicos á quienes podían marear. Y si os dicen algo de eso de *bregar*, no lo creáis, hijos míos.

En fin, la primera novillada no se dió muy bien que digamos; pero quizá se compense con la segunda, en la que se ofrece la novedad del diestro Antonio Guerrero (Guerrero), que tanto ruido trae desde este verano, y que lidiará en unión de Padilla seis toros de Veragua.

Y al hablar de ese torero, un pensamiento me aterra: si á pesar de ser Guerrero no da guerra.

Sigue la contradanza de coletas para la temporada próxima. Dicese que dejan de pertenecer á la cuadrilla de Fuentes, los picadores Manuel Rodríguez (Cantares) y José Jiménez (el Cano), siendo reemplazados por los hermanos Carriles.

Y entra á formar parte de la misma cuadrilla el banderillero Ricardo Verdute (Primito), en remplazo de Manuel Ruiz (Blanquito), que pasa á la del Algabeño.

Blanquito cambia de dueño, pero me ocurre una duda: ¿con tan polerosa ayuda, toreará el Algabeño?

Continúo ofreciendo el uso de la palabra á quien guste.

DON CÁNDIDO.

Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27. Madrid.